

www.elboomeran.com

Andrés Barba

Ha dejado de llover



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Luis Baylón. Portada del libro de fotos *Escaparates* (2010)

Primera edición: mayo 2012

© Andrés Barba, 2012

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7243-9

Depósito Legal: B. 9059-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, av. Barcelona, 260 - Polígon El Pla
08750 Molins de Rei

*A Carmen M. Cáceres,
para que seamos siempre jóvenes, y poco sabios, juntos*

*A Simón,
porque es verdad que detrás de cada gran mujer
hay siempre un gran gato*

PATERNIDAD

Cuando en alguna reunión la gente se ponía a hablar de su infancia él repetía casi siempre la misma anécdota: el día en que su madre le llevó con siete años a participar en el casting para niños del anuncio televisivo de la *Enciclopedia de Barrio Sésamo*. Había sido un niño excepcionalmente guapo y todavía, más de veinticinco años después, le asombraba ver alguna de aquellas fotografías de su infancia y hasta le producía cierta congoja, como si la belleza en un niño (y más aún en el niño que había sido *él mismo*) fuera el signo premonitorio de algo temible. El atronador orgullo que había sentido su madre por la belleza de su niño había sido el generador de más de una docena de anécdotas risibles, y la del casting para el anuncio de la *Enciclopedia de Barrio Sésamo* tenía la cualidad además, para quien supiera verlo, de dejar entrever gran parte de su infancia. Le gustaba que fuera así. Cuando contaba la anécdota solía describir a las madres primero, y en cada una de ellas dejaba una pequeña nota o alguna característica peculiar de la suya. Engalanadas y pechugonas como gallinas, todas tenían algo de su madre en realidad: una se reía con unas carcajadas despreciativas y penetrantes, otra permanecía al-

tiva y silenciosa, otra, más pragmática, charlaba tratando de ser amable y alababa la belleza del niño de enfrente para ganarse de inmediato a una interlocutora entregada, otra permanecía rígida y nerviosa, con su mano enorme y sudorosa en la suya. Continuaba la anécdota diciendo que durante las dos semanas anteriores él había estado enfermo del estómago y que de hecho seguía estándolo cuando fueron al casting. Dos semanas casi sin dejar de ir al baño le habían dado a su piel un tono amarillento y cetrino. De pequeño –seguía diciendo para que todo el mundo entendiera la anécdota–, tenía los ojos muy rasgados. Normalmente, tras el casting (en aquél habían tenido que cantar, en turnos de tres en tres, «*De la A a la Z, ay qué diver es leer*» frente a una mesa en la que había cinco personas tomando notas sobre un fondo general de abierta descortesía) los niños esperaban junto a unas madres, más nerviosas que nunca. En aquella ocasión él estaba seguro de que le iban a elegir porque cuando se disponía a salir había oído un comentario accidentalmente:

«El niño oriental es perfecto.»

De poco habría servido explicarles que su supuesto orientalismo no se debía a otra cosa que a la gastroenteritis. Recordaba la tensión de su madre cuando salió de allí y el desconcierto del hombre que le preguntó cómo se llamaba pensando que iba a escuchar un apellido oriental. Al volver a casa, su madre taconeaba con una alegría desmesurada repitiendo una y otra vez:

«Lo sabía, *lo sabía...*»

Cada vez que pronunciaba aquella frase miraba hacia el infinito y luego hacia él, y luego de nuevo hacia el infinito, como si tuviese que corroborar en su pequeña figura algo que parecía vislumbrar tras los enormes edificios de la Gran Vía, una imagen deslumbrante y difusa, escurridiza

hasta para ella misma. Recordaba el contacto enérgico y ya nada sudoroso de la mano de su madre en la suya y su sensación fraudulenta de haber sido elegido por algo que no era. Tenía miedo de confesar, pero la alegría de su madre era tan desproporcionada y su angustia tan grande que recordaba que aquella misma noche, durante la cena, a punto de ponerse a llorar, se lo dijo con un nudo en la garganta.

«Mamá, me han elegido porque piensan que soy chino.»

«Bobadas.»

«Lo dijo un señor.»

Recordaba que aquélla fue la primera ocasión en la que tuvo verdadera conciencia de la codicia de su madre, una codicia enterrada. Recordaba que nunca se había fijado hasta entonces, y al comprender cuánto se había equivocado le pareció también que no podía fiarse de ninguna de sus ideas ni sensaciones. Ella le miró fijamente durante unos segundos, como si cruzara su mente un pensamiento amenazador, y luego resolvió la cuestión con un sencillo:

«Si piensan que eres chino, serás chino.»

Hubo de nuevo otros instantes de reflexión en los que su madre sorbió pensativa tres cucharadas más de sopa y luego, apuntándole con la cuchara, y con un tono indistinguible entre la amenaza, el aliento y la resolución más absolutos, concluyó:

«Te aseguro que vas a ser el niño más chino que has visto en tu vida.»

Normalmente, cuando contaba la anécdota tenía a todo el público ganado al llegar a aquel punto. El resto era casi un paseo triunfal: cómo su madre le llevaba a unos grandes almacenes para comprarle un pequeño kimono, la estupefacción del director del anuncio cuando lo vio llegar vestido así y preguntó a voz en grito delante de su propia

madre quién era el imbécil que había disfrazado a aquel niño, la vergüenza de regresar al colegio y que todos sus compañeros se pusieran a cantar al unísono «*De la A a la Z, ay qué diver es leer*». Había algo catártico en describir la humillación propia en aquellos términos tan festivos y despreocupados, y algo falso también, y lo sabía. La prueba fehaciente era la extraña amargura mezclada con compasión que sentía por su madre aún tantos años después, como si aquella mujer a la que ahora veía una vez cada tres meses, y que seguía viviendo en compañía de su tía en el mismo piso de siempre, hubiese nacido y crecido inexperta en todo, equivocada en todo. Su particular idea de la *vida real*, su ambición desmesurada y a menudo risible le habían hecho cruzar la infancia con una sensación permanente de vergüenza ajena que luego se había dislocado hasta convertirse en una compasión distante y en no poder evitar sentirse enfadado con ella cada vez que la veía. La época en que la culpaba de todo había pasado hacía mucho, pero había persistido la sensación de que todo en el interior de su madre, hasta el amor, el deseo y el afán de prosperar, tenía un carácter tan rudimentario que era inevitable que no encajara en aquel mundo al que ella trataba de imponerse con tanto ahínco. Aún hoy seguía siendo locuaz y entusiasta (lo fue de una manera casi histriónica durante sus años de éxito con el grupo), pero el tiempo había pasado también por ella; su boca se había vuelto un poco más tosca, su respiración un poco más breve y sus ambiciones un poco más moderadas. ¿Se podía entender todo aquello en la sencilla anécdota del casting de la *Enciclopedia de Barrio Sésamo*? Creía que sí. En una ocasión había llegado a contarla en una entrevista para una radio y a la salida una de las técnicas de sonido se acercó a él y se lo dio a entender.

«Puedo imaginarme lo que debe de ser tener una madre así», dijo.

«Pero no todos los días», contestó él, sonriendo.

Ocurrió muy pronto, casi desde el principio: aquella emoción, aquella sensación de que las cosas se volvían densas en la música, aquella extraña seguridad en su talento, como si no le costara reconocer que su inteligencia iba, de manera natural, mucho más deprisa que la de la mayoría de la gente que estaba a su alrededor. Se pasaba el día componiendo y yendo a la universidad a hacer tiempo y a buscar a gente como él. No le costaba encontrarla; al igual que el talento para componer era algo que parecía tener siempre en la punta de los dedos, que le había sido regalado, el talento para encontrar a la gente que buscaba lo había desarrollado con eficacia y seguridad. Montó un grupo que se disolvió a los pocos meses porque todo el mundo se creía un genio del rock. Luego otro que duró algo más y con el que grabó varias maquetas. Volvió a disolverse. Luego llegó el éxito de la manera más inesperada, cuando tenía veintiocho años y había desistido de formar un grupo comercial para crear uno nuevo, con el que no esperaba más que divertirse. Un conocido director de cine utilizó uno de sus temas como motivo central de su película y comenzó a sonar en todas partes, en varios anuncios, en la radio, en casi todos los bares de la ciudad. No se hacía ilusiones porque conocía bien el mundo de la música, pero durante aquellos años disfrutó de aquel éxito menor como alguien al que le ha tocado la lotería inesperadamente: despilfarrándolo todo.

«¿Qué se siente al ser famoso de la noche a la mañana?», le preguntó en una ocasión una decepcionante periodista de una revista femenina después de inquirir cuál había sido el lugar más extravagante en el que había hecho el

amor, cuál era su rincón favorito de Madrid y si prefería el dulce al salado (la canción se llamaba, precisamente, «Dulce»).

«Nada en especial, uno sigue siendo el mismo gilipollas de siempre.»

No se le escapaba, al contestar aquello, que en su misma respuesta había un reconocimiento implícito de su celebridad y que estaba preñada exactamente de lo mismo que había despreciado en tantos otros famosos de cuarta en tantas otras entrevistas de revista femenina: una indulgencia impostada y una autocomplacencia de seductor de piscina pública.

Tal vez lo más sencillo y lo más honesto habría sido contestar simplemente que no era famoso. Sólo muy de cuando en cuando le paraba alguna veinteañera por la calle para preguntarle si era él, y sólo muy de cuando en cuando alguien le pedía que le firmara un disco. No sabía si aquello era o no suficiente para ser considerado famoso, lo que sí sabía era que había sido más que suficiente para despertar la envidia despreciativa de la mitad del mundo musical independiente madrileño. De su pequeña celebridad, aquel fenómeno de la envidia fue la primera consecuencia y también la más persistente de todas. Una envidia rencorosa y fea, acomplexada, que le hizo perder a varios amigos y sentirse enfadado en más de una ocasión. Solía manifestarse de manera velada y con falsos piropos, a veces con comentarios acerca de lo mucho que le interesaba la música que hacía antes (cuando no tenía ningún éxito) y lo poco que le interesaba la que hacía ahora (que sí lo tenía), o con una manera aún más velada de evitar cualquier conversación que tuviera que ver con lo que componía en aquel momento. Su pequeña celebridad tuvo también otras consecuencias más extrañas y menos previsibles: vi-

vió durante aquellos años como si muchos de sus deseos se hubiesen extinguido en él, deseos obvios y esquemáticos que al haber sido satisfechos le dejaban de pronto un regusto cercano al de la humillación, como un niño que ha estado toda una tarde berreando para que le compren un algodón de azúcar y cuando lo tiene en la manos siente de pronto su pringue, su excesivo dulzor, y que el cumplimiento de su deseo genera de inmediato otros deseos adyacentes; el agua para saciar la sed, la necesidad de lavarse las manos. Ni siquiera había un deseo propiamente dicho, sino más bien la sensación de que el éxito había reducido el mundo a su estricto significado y a un curioso embotamiento de las realidades más físicas, de sus juicios, de la música, de su juventud.

Aquél fue el año en que conoció a Sonia. La había visto ya en dos o tres conciertos. Era amiga de la amiga de alguien. Pensó que podría acostarse con ella sin mucho esfuerzo en cuanto la vio. Nunca había tenido problemas para acostarse con las chicas a las que deseaba, y mucho menos los tenía entonces. La facilidad con que había conseguido todo en aquel terreno no había generado en él vanidad pero sí un desconocimiento casi absoluto de cómo se articulaba el mundo sentimental de la mayoría de las personas. No era egoísta, pero sí descuidado y olvidadizo, no atendía a los sentimientos de los demás, pero tampoco a los propios. En realidad vivía sentimentalmente en un mundo un poco pasmado y solitario, disfrutaba del sexo, que para él se encendía sólo cuando tenía la absoluta convicción de estar dando placer a otra persona, pero el interés se acababa muy pronto, en cuanto sospechaba que había tocado la intimidad de la chica. Con casi todas, además, se llevaba mejor después de hacerlo. Hacer el amor pronto, cuanto antes, parecía suprimir una barrera más que levan-

tarla, tenía la sensación de relajarse y de que en ellas algo se volvía también más tranquilo y abierto. Su vida sexual era de una dorada mediocridad, como un acceso de cleptomanía perfectamente disculpable, y tenía fama de seductor cuando en realidad no lo era.

Sonia era como cualquier otra. Aniñada y guapa, no quería parecer demasiado disponible ni entusiasta, pero no lo conseguía en absoluto. Su belleza tenía un aspecto algo malévol y consciente. Acababa de independizarse y vivía sola en una especie de cajón buhardilla de la calle Madera, era cinco años menor que él. Lo primero que le dijo era que le encantaba su música pero que una de las últimas canciones que había compuesto le parecía un espanto. Media hora después se estaban besando en la calle y dos horas más tarde la desnudaba en su casa. Tenía un cuerpo pequeño y resuelto, más complejos de los que le hubiese gustado admitir, una belleza fresca y llena de huesos, y la punta de uno de los pezones metida hacia adentro.

«No quiere salir», dijo cuando le quitó el sujetador, sonriendo. La técnica de Sonia en esa época para superponerse a sus complejos era ponerlos de manifiesto lo antes posible y de la manera más frontal.

Se mostraba muy animosa, como si quisiera convenecerse a sí misma de que era una persona extremadamente sexual, hacía movimientos demasiado extravagantes y decía garradas forzadas tras las que se quedaba en silencio, esperando la respuesta de cada una de aquellas frases, como si fuese a moverse algún objeto de la habitación.

«Qué polla más rica tienes.»

Y él no podía evitar prorrumpir en una carcajada. Cuando dejaba de interpretar aquel papel de ninfómana le gustaba más en realidad, había en ella algo resuelto, lleno de tensión y afirmativo, una auténtica rebelde, no sabía de

qué. Tampoco se veía enamorándose de ella, pero no podía evitar sentir una simpatía inmediata. Al mirarla de cerca mientras dormía, a veces se quedaba ensimismado en la pequeña y ordinaria belleza de su rostro. Le gustaba que estuviese allí, que hablara tanto, que fingiera ser una chica misteriosa o de apetitos un poco extravagantes. En realidad era misteriosa, aunque no en lo que ella suponía. Evitaba el tema de su familia de manera constante. Tanto que llegó a suponer que había algún episodio verdaderamente oscuro. Si le preguntaba abiertamente, ella contestaba sin más que no se llevaban muy bien.

«Como casi todas las familias», concluía, para quitarle importancia.

Ocurrió todo cuatro meses después de conocerla. Se presentó en su casa una mañana a primera hora, con aspecto de no haber dormido mucho, y se lo dijo desde el umbral, antes de que él la invitara siquiera a entrar.

«Estoy embarazada.»

«¿Estás segura?»

«Absolutamente.»

«No puede ser.»

«Claro que puede ser.»

La conversación había empezado de forma tan desquiciada que ni siquiera se había apartado de la puerta para dejarla entrar. Se hizo a un lado y Sonia entró decidida y hablando sola.

«Que no puede ser, dice...»

«Bueno, tranquila.»

«Estoy tranquila.»

«¿Quieres abortar?»

Recordaba que estaba de espaldas y que en aquel momento se volvió bruscamente hacia él de una manera totalmente nueva.